

TEMA I. LA INCIPIENTE ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Los restos arqueológicos descubiertos en las últimas décadas permiten una aproximación al conocimiento de la organización social y *política* de los primeros milenios. Afortunadamente, hacia el siglo VIII a.C. se introdujo la escritura entre los griegos y por ello contamos con testimonios más explícitos para elucubrar acerca de su organización política¹.

1. Los inicios de la cultura occidental: la Edad de Bronce

Precisar cuándo y dónde surgió la primera civilización que hoy podríamos denominar *griega* no es tarea sencilla. Aunque la hipótesis más generalizada apunta a la isla de Creta (ca. siglo XVI a.C.), también se admite una civilización menos desarrollada en el continente, integrada por numerosas comunidades políticas que mantuvieron relaciones comerciales con Creta y de la que adoptaron ciertos elementos culturales. Cretenses y continentales dispusieron de lenguas propias hasta que se impuso el *griego* aproximadamente a partir del siglo XIII a.C.

La *Edad de Bronce Antigua* (ca. 3000-2100 a.C.) se caracterizó por un avance notorio en la manufactura de metales, en especial del bronce –ya conocido en otros territorios-, lo que permitió el desarrollo de armas y utensilios de trabajo y, con ellos, el enriquecimiento de las familias más poderosas. La población más destacada fue Lerna, en la Argólide, destruida hacia el año 2100 a.C. junto a otras ciudades situadas en el Ática y Laconia.

La *Edad de Bronce Media* (ca. 2100-1600 a.C.) comenzó con las incursiones de los indoeuropeos –convertidos en la clase socialmente dominante- y con el esplendor de la isla de Creta². La mitología vinculó el origen de la sociedad cretense con el rey MINOS³, de quien tomó el nombre la cultura de la isla como *minoica*. Aunque el nombre de MINOS podría haber designado sin más el cargo del dirigente de la comunidad política, la tradición griega lo tuvo por hijo de ZEUS y EUROPA, que, convertido en rey, consiguió aunar todas las comunidades políticas de la isla⁴. La creencia en su descendencia divina podría haber facilitado que se aceptaran sus leyes y autoridad, pero parece más creíble que esta aceptación se fundara sobre el prestigio personal, el poder sobre sus iguales y las fuerzas con las que contaba. Lo que sí parece cierto es que el rey no era sólo un gobernante, sino todo un símbolo para sus súbditos: era el supremo legislador, general, juez y sacerdote, representante de los dioses. Su palacio –construido

¹ Hacia el año 800 a.C. se creó el alfabeto griego (antes había existido la escritura lineal) con la ayuda de caracteres fenicios. Aunque la transmisión cultural griega continuó siendo fundamentalmente oral, la escritura se generalizó entre las clases sociales, a diferencia de lo ocurrido en oriente, donde había quedado reservada a las clases más altas. Las obras de Homero, escritas en el siglo VIII a.C., nos ofrecen testimonios de gran valor sobre la época.

² Cfr. S.B. Pomeroy y otros (S.M. Burstein, W. Donlan y J.Y. Roberts), *La Antigua Grecia. Historia política, social y cultural*. Trad. de T. de Lozoya. Crítica, Barcelona, 2001, pp. 34-68.

³ Numerosos investigadores consideran que hubo un solo rey Minos, protagonista de todas las historias mitológicas. Otros defienden la existencia de dos reyes con el mismo nombre, uno primero que con un gobierno justo logró la unificación de Creta y la dotó del texto constitucional, y otro segundo, nieto del anterior, responsable del enfado de Poseidón –y sus consecuencias- por no sacrificar el toro que le había enviado.

⁴ Un sector se inclina por considerar que hacia el siglo XVI a.C. toda la isla formaba un solo reino unificado bajo la autoridad del monarca de Cnosos, mientras que otro sector considera que Cnosos era el centro de poder dominante, pero sólo como cabeza de una federación de estados autónomos. Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., p. 41.

hacia el año 2000 a.C.- no sólo fue la residencia real, sino el centro de toda la actividad social, comercial, política y religiosa de los súbditos hasta que fue destruido. La causa de su destrucción es incierta; pudo ser un terremoto⁵, una rebelión o la invasión de pueblos continentales, aunque lo más probable es que primero se desmoronara a causa del terremoto y, tras su reconstrucción, fuera definitivamente destruido por los invasores continentales hacia el año 1375 a.C.⁶

La población cretense se caracterizó por su dedicación a la agricultura y al comercio con Oriente Próximo y Egipto. Vivían en aldeas pequeñas que crecieron con el tiempo, y Cnosos llegó a contar con miles de ciudadanos que le permitieron erigirse en capital indiscutible y sede del gobernante principal. La familia real y las más notables ocupaban el primer nivel en el estrato social, con una vida llena de lujos. Les seguían las familias dedicadas al comercio y a las actividades administrativas y, por último, el campesinado. Los esclavos, que formaban una importante masa de habitantes, no tenían la consideración de personas. Los cretenses originarios fueron expulsados a principios del XVI hacia otras islas más pequeñas o hacia la costa asiática por invasores procedentes del continente –más preparados militarmente-, que erigieron ciudades defensivas en lugares estratégicos de la isla.

La *Edad de Bronce Reciente* (ca. 1600-1200 a.C.) fue testigo del declive de la civilización minoica y el apogeo de la micénica en el continente, cuya capital fue establecida en Micenas. Está claro que fueron los aqueos –que hoy reconocemos como griegos- los que dominaron el continente, pero existen ciertas sombras sobre su procedencia. Una de las hipótesis apunta a que los aqueos no fueron más que uno de los pueblos de la zona continental que mezclaron su cultura con elementos minoicos y dieron origen a una civilización más avanzada. Sin embargo, la hipótesis propuesta por W. RIDGEWAY –y seguida por numerosos historiadores- se inclina por un origen céltico centroeuropeo, llegados al Peloponeso hacia los siglos XVII-XVI a través de Tesalia; establecidos en el continente tras someter a los *pelasgos* –habitantes autóctonos-, se convirtieron en la clase dirigente. Las diferencias culturales entre *micénicos* y *pelasgos* eran tan profundas que el origen difícilmente podría estar en un pueblo de la zona.

Fueron estos *griegos* los que destruyeron Cnosos en el siglo XIV y, dos siglos más tarde aproximadamente, la ciudad de Troya, fundada al parecer por cretenses emigrados a la costa asiática tras el terremoto y tras la invasión de su isla. Los cretenses llevaron a Troya su cultura y desde allí continuaron su actividad comercial con Siria, Anatolia, Egipto y los pueblos continentales que terminaron por invadirla⁷.

En esta época de dominio aqueo aún no existía la organización política griega por excelencia, la *polis*, cuyo origen se data hacia el siglo VIII a.C. La comunidad se organizaba alrededor del palacio del señor, donde se establecían los grupos de familias (*génos*) con antepasado común. El señor o rey ostentaba los poderes militares, judiciales y religiosos, pero sometido al control de una asamblea que él mismo convocaba. Como pueblo guerrero, la fuerza resultaba crucial para erigirse en señor de la comunidad, pero

⁵ El volcán de la isla de Tera, situada a unos 100 kms. de Creta, entró en erupción –según diversos vulcanólogos- alrededor del año 1500, sumergiendo unos 135 kms² a su alrededor. La proximidad entre Tera y Creta hace suponer que los efectos del volcán debieron afectar a las construcciones cretenses. Cfr. T. Boatswain y C. Nicolson, *Un viaje por la historia de Grecia*. Trad. de J. Grens. Celeste Ediciones, Madrid, 1991, pp. 9-10.

⁶ Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 41-43 y 48.

⁷ Los aqueos destruyeron la ciudad de Troya, hacia el año 1250 a.C., para evitar riesgos innecesarios de sus expediciones hacia el Helesponto.

correspondía a la asamblea tomar las decisiones de gobierno, incluso la de poner fin al mandato del señor. En dichas asambleas participaban todos los ciudadanos varones y libres de la comunidad; cuando el número fue demasiado elevado –complicándose la toma de decisiones– la asistencia quedó reservada a representantes de las familias.

Los centros sociales más importantes en el continente fueron Micenas, Tirinte, Pilos, Tebas y Atenas, con predominio de la primera. Junto a ellos existían otros núcleos de población más pequeños y, en cierta medida, sometidos a cambio de protección. Situados en lo alto de una colina, los palacios dominantes estaban fortificados y rodeados por murallas en ocasiones de hasta seis metros de grosor, que servían de refugio a las familias de los alrededores en caso de ataques enemigos⁸. La organización social tenía una estructura piramidal, en cuyo vértice se situaba el señor o *wánax*, seguido de su jefe militar o *lawagétas*. Las familias más destacadas socialmente poseían extensiones de tierra suficientes para llevar una vida de cierto lujo, recibiendo además una parte de los productos que el señor obtenía como tributo de sus súbditos; a cambio le guardaban fidelidad y prestaban ayuda militar en caso de necesidad. El resto de la población se dividía en una clase media, formada por militares de rango inferior y administradores de los territorios, y otra clase sencilla dedicada fundamentalmente al cultivo de las tierras, ganadería y artesanía. El último escalón lo ocupaban ciudadanos que, por alguna razón, habían quedado sometidos de por vida a familias poderosas, pero sin tener la consideración de esclavos propiamente⁹. Dentro del ejército existía también división de clases: los oficiales procedían siempre de las familias aristocráticas y el cuerpo del ejército se nutría de campesinos y artesanos; el *wánax* estaba al frente de todos.

Al señor le correspondía el máximo honor religioso, pero sin consideración de divinidad: “cuando el rey oficiaba en las ceremonias religiosas y en los sacrificios, lo hacía como representante especial de la comunidad ante los dioses. No obstante, en los testimonios escritos y materiales no existe ninguna prueba que indique que el *wánax* era considerado un ser divino, ya fuera en vida o después de su muerte, o que funcionara como un rey-sacerdote al frente de un estado teocrático”¹⁰. Este poder continuó hasta que alrededor del año 1200 a.C. comenzaron a producirse unos acontecimientos que terminarían con el dominio micénico tanto en el continente como, a la larga, en la costa asiática y en las islas egeas.

2. El periodo de la oscuridad

Hacia el año 1200 dio comienzo el periodo denominado *Edad Oscura del Egeo*. Aunque se desconocen las causas exactas, durante el siglo XII se produjo una migración desde el continente hacia las islas del Egeo y la costa asiática, dejando el Peloponeso a

⁸ Afirma Pomeroy que “es posible que el rey de Micenas fuera el único monarca absoluto de la región, como el de Pilos lo era de Mesenia. En tal caso, deberíamos considerar el Palacio de Tirinte una especie de avanzadilla del de Micenas. No obstante, no tenemos por qué suponer que todos los reinos micénicos tuvieran la misma estructura. Es igualmente posible que Tirinte y las otras fortalezas fueran poblados semi-independientes, cuyos soberanos reconocieran al rey de Micenas como su superior y le rindieran pleitesía. Las ciudades-palacio de Atenas y Tebas quizá ostentaran una posición de dominio análoga en las regiones de Ática y Beocia”. Op. cit., p. 53.

⁹ Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 56-60.

¹⁰ S.B. Pomeroy, op. cit., p. 63. Sin embargo, afirma también que “el férreo control económico y político que ejercía el rey sobre los santuarios y los sacerdotes constituye un indicio de que estaba en condiciones de reivindicar la sanción divina de su soberanía indiscutible” (loc. cit.).

merced de quien deseara ocuparlo. Los historiadores solían atribuir esta migración masiva hacia el Este a las oleadas de invasores, pero los estudios arqueológicos más recientes apuntan a que primero se produjo la migración y posteriormente una ocupación del Peloponeso deshabitado¹¹.

Los restos arqueológicos (hierro, cerámicas, construcciones, etc.) encontrados en distintos asentamientos del Este muestran que durante los siglos XII y XI a.C. el continente mantuvo contacto con Chipre y con pueblos orientales. Restos pertenecientes al siglo X indican que únicamente Creta continuó tales contactos, mientras que en el continente desapareció todo vestigio de asentamiento permanente, así como de poder centralizado y de control administrativo de la producción (no se conserva arquitectura monumental de la época, ni inventarios reproducidos en silabario lineal B). Ello significa, según OSBORNE, que toda la estructura social se desmoronó¹²: la vida social quedó reducida al mínimo y cada individuo tuvo que valerse prácticamente por sí mismo para sobrevivir¹³. Los centros de cierta relevancia durante estos tres siglos fueron Lefkandi –en la isla de Eubea- y Atenas. De la primera se puede decir que mantuvo contactos con Atenas –no siempre- y con pueblos orientales; en algunos enterramientos se han hallado objetos de cierto valor que implican una mínima organización social, pero en condiciones de igualdad para todos los moradores y sin preeminencia clara de unas familias sobre otras. Atenas también mantuvo contactos con el exterior y quizá contara ya en el siglo IX a.C. con una organización social más estratificada¹⁴.

Los pocos aqueos que quedaron en el continente fueron derrotados por los dorios –también llamados heráclidas en las obras clásicas¹⁵- y este nuevo dominio perduraría hasta aproximadamente el siglo VIII a.C. Es probable que los nuevos habitantes fueran

¹¹ Es probable que la migración que dejó los territorios semiabandonados se produjera a causa de hechos naturales, agotamiento de la tierra, decaimiento cultural micénico, etc. Cfr. R. Osborne, *La formación de Grecia (1200-479 a.C.)*. Crítica, Barcelona, 1998, pp. 34-49.

¹² También para la mayoría de los investigadores. A. Domínguez Monedero estima que posiblemente los conflictos internos y externos –y algunas catástrofes naturales- desencadenaron una situación de crisis generalizada (también para Oriente) que determinó “que el frágil y precario sistema recaudatorio-distributivo puesto en marcha por los Estados micénicos acabe por deteriorarse, iniciándose el abandono de los palacios”. *Grecia Arcaica*, en *Historia del mundo clásico a través de sus textos*. Vol. I. *Grecia*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 15.

¹³ Afirma Osborne que “la impresión general que nos dan es la de una reducción de los horizontes: no existen grandes construcciones, ni enterramientos múltiples, ni comunicaciones impersonales, sino unos contactos limitados con el resto del mundo. Tras el hundimiento del sistema micénico, parece que las cosas fueron reduciéndose al nivel puramente individual. La imagen es lo bastante coherente para permitirnos sugerir que con la caída de los palacios no sólo se vinieron abajo las entidades políticas, sino también toda la organización social y económica existente; la vida del individuo pasó a depender exclusivamente de su propio esfuerzo, y no existía ningún personaje o grupo dominante que extrajese un excedente del resto de la población”. Op. cit., p. 48.

¹⁴ Cfr. R. Osborne, op. cit., pp. 59-70.

¹⁵ El primer poeta que mencionó a los heráclidas fue el espartano Tirteo; después se convirtió en referencia común en Herodoto, Tucídides y otros muchos pensadores. La leyenda cuenta cómo estos heráclidas procedían de la estirpe de Hércules. Zeus, antes de casarse con Hera tuvo un desliz con Alcmena, mujer aristocrática tebana, que engendró a Hércules. Heras quiso matar al niño enviándole dos serpientes, pero resultó demasiado fuerte para ellas y les aplastó la cabeza. Años más tarde Heras consiguió embrujarlo y, enloquecido, estranguló a sus propios hijos. Tras acudir a Delfos para curarse, Euristo, rey de Tirinto, le encargó –para tenerlo ocupado- difíciles empresas de las que salió airoso. Una vez muerto, sus hijos reivindicaron el reino, pero les fue denegado; uno de ellos, Hilo, retó a los soldados con la condición de que si los vencía uno a uno, se quedarían con Micenas, y si perdía se marcharían durante cincuenta años. Perdió y los descendientes de Hércules tuvieron que abandonar las tierras griegas, pero cumplido el plazo regresaron y expulsaron a los aqueos. Para Osborne “los griegos de la época arcaica *no sabían* nada de la Edad Oscura. De hecho podríamos afirmar que para ellos esa ignorancia fue una bendición, pues tener el papel perfectamente en blanco significaba que podían escribir a su antojo –y así lo hicieron en realidad- la historia de sus orígenes, y crearse el pasado que las realidades del momento y los deseos del futuro les llevaban a desear. Pudieron inventarse a sí mismos y así lo hicieron”. Op. cit., p. 54.

de origen nórdico y procedieran de la Europa Central, pues no sólo conocían el hierro -como los aqueos-, sino que también lo manufacturaban para elaborar sus armas. La primera ciudad conquistada fue Corinto y después el resto de Grecia, salvo el Ática, donde los atenienses consiguieron rechazarlos. Tras un desembarco posterior en Creta, los dorios destruyeron los restos de la cultura minoica que había sobrevivido a las invasiones y, aunque aceptaron la lengua griega extendida por el continente y por las islas, rechazaron sin embargo la mezcla de razas. Por esta razón fueron excluidos los matrimonios mixtos durante un largo periodo, y con ellos también la igualdad jurídico-política entre todos los ciudadanos. El distanciamiento entre los dorios y el resto de los habitantes dio lugar a dos grupos étnicos, el dominante de los dorios y el esclavizado –a juicio de HERODOTO- del resto de la población. El racismo dorio provocó una reacción en el Ática y en las islas de la Jonia frente a los *intrusos* o *ladrones* dorios, que habían llegado sin título alguno. Por ello se intuye también un racismo jónico –autóctonos que no querían mezclarse con los invasores- que constituyó una de las razones por las que Grecia no llegaría a formar una nación unida, sino una multitud de ciudades-estados¹⁶.

Durante la primera mitad de la *Edad Oscura* (ca. 1200-900 a.C.) se desmoronó la organización social y política anterior. Desaparecieron el *wánax* y las clases militar y burocrática que garantizaban el orden y la redistribución de las riquezas. Los grandes centros quedaron reducidos a pequeñas poblaciones. Atenas, por ejemplo, se convirtió en un grupo de aldeas en torno a la vieja acrópolis, que no llegó a ser destruida por los invasores¹⁷. Era lógico que en estas circunstancias apareciera de nuevo la figura del jefe local, llamado ahora *basileús*, cuya autoridad estaba limitada al puñado de familias de su aldea. En modo alguno se podría equiparar este gobernante con la figura de un rey, pues, si bien tenía prestigio entre los suyos, durante casi todo este periodo careció de relevancia en los territorios circundantes.

La organización social de estos siglos se redujo fundamentalmente al *ethnos*, que perduraría –con sustanciales diferencias internas- varios siglos más en algunas zonas del continente griego, incluso tras el triunfo de la *polis* como modelo social y político¹⁸. El *ethnos*, cuyo significado estaba a caballo entre tribu, nación y pueblo, implicaba la existencia de un territorio más o menos extenso en el que podían cohabitar de forma dispersa diversas comunidades pequeñas que, sin embargo, tenían algún lazo de unión entre ellas. En cada una de esas comunidades o aldeas se reconocía el poder al jefe de la familia –que era quien establecía las normas-, pero no existía un poder centralizado para todas ellas. En esta organización social se admitía –como había sido normal hasta el momento- cierta diferenciación de clases, con una claramente dominante y ostentadora del poder, y otra dominada que apoyaba y sustentaba a la anterior; pero las diferencias eran mínimas si las comparamos con las del periodo precedente. Así se constituyeron, por ejemplo, múltiples aldeas en todo el Ática.

¹⁶ La otra razón, quizá de mayor envergadura, fue que los dorios no constituían un único pueblo invasor, sino diversas tribus centroeuropeas que fueron llegando en oleadas a Grecia y que, aunque el mayor número se estableció en el Peloponeso, otras se fueron dispersando por todo el territorio.

¹⁷ Cfr. S.B. Pomeroy, op. cit., pp. 69-72.

¹⁸ Este sería el caso, por ejemplo, de Beocia, cuyos habitantes no se sentirían ante todo “beocios”, sino cada uno de su aldea originaria (Tebas, Platea u Orcomenia) y muy en segundo lugar del territorio al que pertenecían sus aldeas. Los atenienses, sin embargo, una vez formada la polis, aunque vivieran en una aldea muy distante de la propia Atenas, siempre se consideraban atenienses. En el *ethnos* coexistían ciudades de relevancia muy similar, lo que impedía establecer una clara capitalidad de alguna de ellas sobre todo el territorio.

A finales del siglo IX a.C. comenzaron a surgir los *demoi* –como forma de organización social más evolucionada- a causa fundamentalmente de los excedentes económicos: cuando el jefe de una familia no conseguía dar salida a todos los productos de su entorno familiar, los intercambiaba con otras familias; estas relaciones hacia el exterior hicieron aparecer los *demoi* y más tarde las *poleis*¹⁹. Al mismo tiempo, se inició un movimiento creciente de los campesinos, que comenzaron a abandonar sus campos como lugar de residencia para refugiarse en las aldeas formadas sobre las colinas que ofrecían mayor protección natural. Estas *ciudades* crecieron en población, pero de forma controlada tanto en número como en distribución de los terrenos. Cuando el número de ciudadanos superaba unos límites aceptables para la convivencia, se obligaba a una parte de ellos a abandonar la ciudad para formar otra nueva en un lugar cercano, favoreciendo así la división y diáspora de los griegos²⁰.

Aunque les unía una misma lengua y religión²¹, nunca tuvieron interés por formar una nación tal como la entendemos hoy. Sin embargo, y a pesar de la fragmentación social, se advierte al final de este periodo cierto sentimiento panhelénico, que se manifestó en la transformación de algunos centros de culto local en centros de culto general. Entre ellos destacaron Olimpia y, sobre todo, Delfos, erigido sobre el centro oracular más representativo de los griegos²². A ellos acudían los ciudadanos de otras comunidades con sus ofrendas, pero con intención –paradójicamente- de reforzar el prestigio personal en sus ciudades de origen: los miembros de familias aristocráticas venían a presentar sus ofrendas y a participar en juegos que reportaban reconocimiento y honores a los vencedores para regresar a sus ciudades con cierta aureola heroica²³.

La evolución desde el siglo IX a.C. en cuestiones de gobierno fue similar en casi todas las comunidades, participando del poder tanto el señor (*basileús*) como la aristocracia, si bien el carácter de los señores fue más bien representativo²⁴, mientras que el poder efectivo estuvo en manos de la aristocracia. La estructura política se asemejaba a la clientelar, entre lo que antes había sido la sociedad erigida en torno al palacio del señor y lo que más tarde será la *polis*. Los aristócratas –propietarios de latifundios y capaces de sufragar el material bélico que les permitiría ostentar la jefatura

¹⁹ E. Lledó, *Introducción general a los Diálogos de Platón*. BC Gredos, Madrid, 1981, pp. 59-61.

²⁰ Este modo de proceder fue el que inspiró toda la colonización llevada a cabo a partir del siglo VIII a.C. Una *metropolis* (ciudad-madre) seleccionaba un territorio donde fundar la colonia y enviaba a una parte de sus ciudadanos, ya organizados políticamente y que renunciaban a los derechos que disfrutaban en su ciudad de origen. La metrópoli ayudaba inicialmente a los colonizadores e, incluso, los volvía a recibir en caso de fracaso, pero una vez asegurada la nueva estructura social se desentendía completamente de ellos, salvo en las relaciones comerciales.

²¹ Los griegos no se enfrentaron por sus creencias religiosas. Su religión no exigía conductas morales importantes, sino deberes hacia la polis y sus ciudadanos. Los invasores traían sus dioses, pero no prohibían las creencias de los autóctonos, por lo que el número de dioses creció con el tiempo. El dios(a) más grande de los pelasgos –más bien naturistas- fue Gea (Tierra), con el templo más majestuoso en Delfos; los aqueos lo consagraron a Zeus y sustituyeron poco a poco los dioses terrestres de los pelasgos (río, árbol, roca,...) por sus dioses celestes del Olimpo. Hesíodo, en su *Teogonía*, nos legó una versión de la sucesión de los distintos dioses. La primera pareja estuvo formada por Gea y Urano (Cielo), que impedía el nacimiento de sus hijos; Gea consiguió convencer a su hijo Krono para que, cortando los genitales de su padre, liberara a sus hermanos y diera paso a la generación de los Titanes. Pero también Krono, celoso de su poder, impidió más tarde el desarrollo de los hijos tenidos con Rea, a los que devoraba nada más nacer. Engañado por su mujer, fue obligado por su hijo Zeus a vomitar a todos sus hermanos. Con la ayuda de éstos consiguió doblegar a los Titanes, encerrarlos en el seno de la Tierra y reinar en el Olimpo como dios supremo.

²² Sobre la importancia del oráculo de Delfos, cfr. A. Domínguez Monedero, op. cit., pp. 74-84.

²³ Sobre los Juegos que se celebraban en Olimpia, afirma Osborne que “tanto las ofrendas como los propios juegos exigen la existencia de hombres ricos deseosos de competir entre sí fuera de su comunidad, individuos ansiosos de pertenecer a un mundo griego en sentido lato y destacar en él”. Op. cit., p. 125.

²⁴ Su característica principal y mérito era que conseguían aglutinar en torno a ellos al resto de la población, ofreciéndoles cierto orden económico –con reparto de los bienes conseguidos- y defensa ante los peligros externos.

militar- gozaron de cierta independencia respecto al rey. Ellos fueron los verdaderos ciudadanos, dejando el comercio y los trabajos manuales –considerados degradantes- en manos de extranjeros y esclavos privados de ciudadanía *política*. Sin embargo, con el paso del tiempo, el éxito comercial permitió a muchos de estos extranjeros –y otros tantos campesinos- comprar sus propias tierras y pertenecer –ellos o sus hijos- al futuro ejército de *hoplitas*, piedra angular de la unidad que más tarde daría la hegemonía militar a los griegos durante varios siglos²⁵.

3. La organización política en la obra de Homero

Aunque la *Ilíada* y la *Odisea* de HOMERO datan aproximadamente de mitad del siglo VIII a.C. (entre los años 750-720 a.C.)²⁶, los analistas coinciden en afirmar que la organización social en ellas recogida pertenece a las generaciones anteriores al poeta, o bien se trata de una sociedad intemporal en la que las instituciones más pretéritas –ya desaparecidas- habían sido sustituidas por otras más recientes y comprensibles para los lectores²⁷. HOMERO realizó numerosas descripciones completamente fantásticas, propias de héroes y semidioses, y, junto a ellas, introdujo contenido real para hacerlas creíbles. Sus escritos presentan valores de fácil aceptación por todos los ciudadanos –con independencia de su posición social- y conductas rechazables con idéntica generalidad. Los primeros venían a coincidir con la forma de vida de los griegos, mientras que lo negativo era propio de los extranjeros y de los seres inhumanos.

Junto a los jefes locales típicos de la *Edad Oscura*, aparecía en la obra homérica un jefe –próximo a la figura del caudillaje- que merecía reconocimiento y era respetado tanto en su aldea como en las circundantes, sobre las que tenía un poder efectivo y directo, aunque no completo. Era denominado simplemente *basileús*, al igual que los otros jefes locales, y se caracterizaba por su prestigio y capacidad de liderazgo, consecuencia de su valentía en la guerra, de su prudencia en el gobierno y su arte para convencer y arrastrar a quienes tenía alrededor. Hacía gala de generosidad entre sus seguidores, y para ello no dudaba en ofrecer banquetes –costeados personalmente- de varios días, que solían finalizar con la organización de incursiones en territorio enemigo para resarcirse de los gastos de las fiestas, aunque la mayor parte del botín lo repartía entre quienes habían luchado bajo su mando²⁸. Este tipo de jefatura, basada en el prestigio personal, dejaba poco margen a la sucesión hereditaria, salvo que en la familia hubiera algún descendiente que por valía y valentía pudiera continuar al mando de los hombres que dejara su padre al retirarse de la política activa²⁹. Claramente, el *basileús*

²⁵ Las comunidades sociales eran aún pequeñas para mantener un ejército y éste se constituía con todos aquellos ciudadanos que pudieran costearse el material bélico cuando surgía una contienda.

²⁶ R. Osborne amplía los años en que pudo ser redactada; si bien admite que no pudo serlo antes del 750 a.C., sin embargo ve posible que si no toda la obra, al menos una parte puede datar del año 650 a.C. Cfr. op. cit., pp. 190-193.

²⁷ Cfr. A. Domínguez Monedero, op. cit., pp. 22-30, en especial p. 23, donde admite una autoría múltiple de las obras.

²⁸ Afirma Pomeroy que “un caudillo que se queda con más de lo que se merece o que distribuye los premios sin equidad corre el peligro de que sus seguidores le pierdan el respeto. Para un caudillo, ser tachado de *codicioso* supone una ofensa casi tan insultante como ser llamado *cobarde*. En resumen, un *basileús* no puede permitirse el lujo de no mostrarse generoso y liberal”. Op. cit., p. 85.

²⁹ Es lo que sucede en la familia de Odiseo. Laertes se había retirado de la vida política y le sucedió su hijo Odiseo; cuando éste tarda en volver de la guerra, su hijo Telémaco se ve acosado por los jefes locales que desean suplantar a su padre. Telémaco no tiene ni el prestigio de su padre ni cuenta con los apoyos suficientes, de modo que tiene que soportar durante años la afrenta de sus contrincantes. La vuelta de Odiseo, que mata a los pretendientes de su mujer y de la jefatura, vuelve a realzar la figura del caudillaje en la obra homérica.

no era un verdadero rey, por lo que ni podía transmitir a su descendencia el poder ni podía él mismo dejar de dar muestra de su autoridad sobre los demás³⁰. La sociedad de esta época fue netamente *agonística* (de *agón*, lucha), y en ella todos competían por destacar y ser los mejores en algún campo o en términos absolutos, pues sólo los éxitos personales otorgaban honor y honra ante los demás ciudadanos; era, en definitiva, lo que les hacía aparecer ante los demás como ciudadanos buenos y justos. No había más parámetro que el éxito social para medir la justicia y la bondad de los ciudadanos.

El *basileús*-caudillo debía ser consciente de que no siempre estaba en posesión de la verdad y que su relación con los dioses no llegaba hasta el extremo de hacer indiscutibles sus decisiones. Era un miembro más de la comunidad política, aunque destacado, y debía contar con ella en las decisiones que le afectaran sensiblemente. Por ello no tenía inconveniente en considerar el parecer del Consejo o *boulé* y de la Asamblea del pueblo. El primero estaba integrado por los ancianos más notables y todos los jefes locales, que aconsejaban al *basileús* sobre las cuestiones políticas que éste planteaba. Posteriormente podían ser sometidas de nuevo a la Asamblea, integrada por el resto de ancianos y todos los varones en edad de combatir, que se limitaban a otorgar su confianza o rechazar las propuestas presentadas por el Consejo, pero raramente discutían sobre ellas³¹.

Junto a estas dos instituciones existía también una corte o tribunal de justicia. Sólo actuaba en caso de que no se hubiera solucionado el litigio, penal o civil, entre las partes implicadas. De este modo, un asesinato, un adulterio, un robo, etc., podían ser objeto de un acuerdo entre las familias perjudicada y perjudicante, sin que tuvieran que intervenir los ancianos que formaban el tribunal público. A los miembros del tribunal se les exigía una completa integridad, pues –como recoge HOMERO en la *Ilíada*- en caso contrario sufrirían la persecución de ZEUS, que no podía soportar a “los hombres que en la plaza dictan sentencias torcidas abusando de su poder y destierran la justicia sin ningún miramiento por los dioses”³². La resolución de los conflictos originados en el seno familiar correspondía al jefe de la familia; si ésta era muy numerosa podía terminar siendo resuelto por el tribunal de ancianos de la aldea.

De la clase dirigente –destacada socialmente- procedían las personas que debían desempeñar una función sacerdotal o religiosa. Algunos de estos cargos pertenecían en propiedad a determinadas familias, pasando de padres a hijos a lo largo de los años sin requerir especial preparación o devoción. Sencillamente constituía una nota más de distinción personal o familiar. Cada familia procuraba aumentar su distinción social emparentando, si era posible, con otras de mayor rango o contratando a su servicio otras

³⁰ Por ello afirma R. Osborne que “Agamenón no sólo no puede imponer su voluntad a Aquiles, sino que tampoco puede imponérsela al conjunto del ejército. Ulises alcanza su triunfo final en Ítaca mediante una violencia extrema, y no en virtud de la superioridad política que reclama. Los individuos ejercen influencia política según su posición social, sus dotes retóricas, o su carisma personal, pero no por ostentar el cargo de soberano”. Op. cit., p. 182.

³¹ Domínguez Monedero, basándose en la *Ilíada* II, 211-270, donde Tersites –personaje insignificante- recrimina a Agamenón y encuentra el rechazo de todos por ello, afirma que la sociedad estaba claramente en manos de la aristocracia hasta el punto de convertir la asamblea en una reunión consultiva; pero esa primacía de la aristocracia no daba derecho a los abusos, y esto era lo único que se admitía de Tersites, que recriminó “la desmesura en el comportamiento de Agamenón que no se conforma con su parte, sin duda amplia pero por todos admitida, sino que además pretende la de los demás... No hay, en definitiva, una verdadera puesta en cuestión del orden establecido sino el rechazo de un comportamiento injusto por desmedido”. Op. cit., p. 27.

³² *Ilíada* XVI, 386-388. También Hesíodo en su *Teogonía* (80-93) muestra este papel de Zeus, que –con Themis- engendró la Paz, la Justicia y el Orden. Apunta Osborne que “El poder de Zeus se considera garantía de que prevalezca el bien y no el mal, y es de las Musas, hijas de Zeus, de las que los gobernantes humanos obtienen la sabiduría y la justicia”. R. Osborne, op. cit., p. 171.

personas o familias completas. Los hijos engendrados con esclavas formaban parte de la familia de pleno derecho, aunque con un rango levemente inferior a los hijos legítimos; contribuían sin duda al poder militar de la familia y a la atención necesaria para su sostenimiento. En ocasiones se recurría a la adquisición de esclavos o a la contratación de trabajadores de baja posición (*thetes*) que no tenían otro modo de sostenimiento³³.

El resto de la población, formado por familias modestas, se dedicó a la agricultura o al pastoreo sin dejar de vivir en su aldea. El *demos* o conjunto de aldeas con lazos familiares o económicos constituía su ámbito natural para moverse con libertad; fuera de estos territorios sería considerado un extranjero y carecería de derechos, salvo los derivados del deber de hospitalidad propio de la época y que solían ser respetados por el resto de *demoi*.

Lectura recomendada:

Osborne, R., *La formación de Grecia 1200-479 a.C.* Crítica, Barcelona, 1998, pp. 13-193.

Pomeroy, S.B., Burstein, S.M., Donlan, W., Roberts, J.T., *La Antigua Grecia. Historia social, política y cultural.* Trad. de T. de Lozoya. Crítica, Barcelona, 2001, pp. 29-151.

Obras clásicas:

Homero, *Ilíada*. Trad. de E. Crespo. BC Gredos, Madrid, 1996.

Homero, *Odisea*. Trad. de J.M. Pabón. BC Gredos, Madrid, 1998.

³³ Según Pomeroy, llevaban “una vida penosa no sólo por el duro trabajo que tenían que realizar por un jornal de miseria (esencialmente su manutención), sino también por la indignidad que suponía trabajar para la familia de otro, condición que todos los griegos aborrecían” (op. cit., p. 97); y afirma también que “a partir del siglo VIII, la escasez de tierras se generalizaría y se convertiría en un grave motivo de tensiones entre la minoría de los ricos y la masa cada vez mayor de ciudadanos pobres” (*ibídem*).